

SUMERIOS DOS

LA LUZ DESPUÉS DE LA CRUZ
DIEGO DATTOLI



SUMERIOS II: LA LUZ DE LA CRUZ

Por Diego Dattoli

DESTELLOS

Arathosha, encadenado de pies y manos, camina hacia el risueño Shiaggurta, en palacio. En tanto, Ztmethea ve a un león acercándose a Ra-Barah al pie de la colina. Por su parte, Deutress abre desmesuradamente sus ojos ante una máscara equina, gruñe y avanza, hacia la cueva dónde el gigante enmascarado le espera. En cuanto a las manos de Moewa, escarban arena y coloca un quinto cofre lleno de monedas de oro junto con otros cuatro, entre las dunas del erial. Asimismo, Bem-Suri ve su espada chocando contra otra espada, topándose con el rostro volcánico de Ar-Thiel, quién, lejos de detenerse, otro embate emprende, por último, la bandera sumeria, dorada del oro que los enloquecía, marrón del desierto que respetaban y roja de la sangre que no les sobraba, enllamó siendo sustituida por una verde y azul, de más vigoroso flameo.

UNO

El gigante, envuelto en sus harapos y capucha, ambuló inadvertido, con el peso de cambiar la sombra por la llama tras el eco de sus venideros pasos a su añeja venganza. Hacer lo correcto produce más dolor y cansancio que vigor y satisfacción, respondían los hombres a los silenciosos dioses. Ar-Thiel, como un fantasma, caminó por muchas casas de distintos pueblos, en las cuales, entre sus sábanas de polvareda y papas en ollas burbujeantes, escuchó:

-Ya no tengo manos, ya no sirvo para nada, la guerra contra los rebeldes, antes con la explotación tenía poco, ahora tras la revolución nada, mi pequeña casa por la gran

calle en la que mendigo, ¿por qué no me atacaron el cuerpo?-gruñía un nuevo mendigo, acaecido de la guerra, con el cuerpo más delgado y menos hercúleo, conforme un anillo de moscas le giraba por la cara-Ya no tengo manos, ¡las moscas y los gusanos están comiéndome! ¡Qué alguien los saque de mí, por favor! ¡Abaniquen una antorcha!-

-Esos malditos rebeldes de Ur, mis hijos, 4 de ellos, respetables soldados de Súmer y ninguno regresó, todos muertos en la boca de Nergal. ¡Maldigo a Ar-Thiel, que los vientos del dolor y la soledad disuelvan las dunas de su soberbia e ignorancia!-la madre arrojando cuatro cacuelas a las cuales partió contra la pared, tras deshabitar la mesa que nunca volvería a llenarse. Acompañado de un lobo que le había avisado de una serpiente traicionera, empapado con los relatos y testimonios ajenos, Ar-Thiel, ensimismado, meditaba de qué modo reorganizaría su revancha en contra de los cuatro reyes del imperio de la cruz. Shamash ponía el horizonte rosado tras besarlo.

-Siempre allí me ayudaba con los muebles con los clavos en la boca y el martillo en la mano, esa maldita batalla, esos condenados rebeldes, el infierno de Nergal para todos ellos, que nunca vuelvan a ver a Shamash-vociferó un padre, embriagándose con un odre, bajo un tinglado de paja, con la nariz roja y los párpados ocres. Los pasos cada vez más largos y pesados.

-Su líder se llamaba Ar-Thiel. No lograron atraparlo, huyó como un cobarde, quisiera que estuviera aquí para poder atarlo y entregarlo al gran Shiaggurta para que le dé su merecida condena. Su locura llevó a tantos jóvenes al abismo, espero que por las noches no pueda dormir escuchando sus gritos-

-No buscaba cambiar la historia y mejorar la vida de los sumerios oprimidos, sólo vengar a su esposa e hijo muertos, es un fraude, luché para él, perdí una pierna y un bra-

zo, me dejó solo entre los jinetes del rey, no vino a buscarme-un ex combatiente. Aunque no lo deseaba, esas palabras lesionaban su moral y escarbaban su orgullo del cual no quedaba ni un ápice en el inmenso vacío que le rodeaba. Sobre el ex rebelde, dejó caer dos alforjas de agua y dos hogazas de pan. No los había olvidado, iba a escuchar sus penas y a soportar insultos contra su nombre, más deseos de un grito eterno después de su muerte. Nadie advertía al gigante harapiento, testigo de las cenizas de su fuego anterior. Ya no sería una llama, sería una sombra, lo había decidido antes de pensarlo y dejó que esa energía gris se dilatara en cada poro de su cuerpo. Lucharía solo como un fantasma, infiltrándose por sus ciudades.

-Ar-Thiel, tu revolución se llevó a mis hijos y a mi esposo, me dejó viuda y sola, te deseo el grito eterno después de la muerte, ¡que los lobos de Nergal muerdan para siempre cada rincón de tu cuerpo!-exhortó la viuda encapuchada, arrojando una rama más a la fogata iniciada en su patio, de crepitar siniestro, perezoso y lento, bajo el viejo ritual de rezo obscuro.

-Vi cómo mató a mis hermanos, quisiera que esté aquí, para sacar mi espada y...-expuso un soldado, que había desertado del ejército sumerio pero no de sus armas, girando una rueda, de calle a calle.

-Si odiabas a Shiaggurta por haber matado a tu mujer, ¿por qué no te internaste en su castillo y trataste de matarlo en vez de reunir jóvenes inocentes e inexpertos con promesas vacías de vino mientras los llevabas a un remolino de sangre?-chistó un sacerdote pobre, de aldea, ofuscado al extremo, con el rostro venoso y cuarteado por el sol, conforme regaba semillas que no florecían en la marchita tierra. Puso su oído a las voces y luego dio la cara, descubriendo su capucha, en medio del ágora, dónde todos los desesperados y maltrechos de la última rebelión, de ambos bandos, pudieron verle, quedando en perpetuo silencio, una vez

que contemplaron esa mirada magnética del que a pesar de no tener nada cree que lo logrará todo. Una mirada que brillaba más que el mismo Shamash, Sol. Una mirada de guerrero.

-He escuchado sus vituperios contra mi nombre y sus maldiciones a mi destino. Ya no seré líder de nadie, sólo de mis pasos y de mi voz, ellos me guiarán hacia dónde corresponda. He venido aquí a escucharlos y a darles una oportunidad abierta de venganza por los hijos, padres y hermanos que fueron calcinados durante mi revolución atravesada por una lluvia de espadas, lanzas, hachas y flechas-abrió los brazos Ar-Thiel, al tiempo que su lobo gruñía y tres arqueros, dos adultos, uno joven, le apuntaban, con los carcajs sedientos y las cuerdas estiradas, en trémulos parpadeos, desde los techos apostados.

-¡No te seguiremos de nuevo, muerto que camina! ¡Tus ojos ya no tienen ni la sal del deseo! ¡Más tus labios perdieron el calor del momento! ¡Eres un ayer multiplicándose vanamente! ¡Fantasma del pasado, vuelve al solitario desierto y déjanos en paz!-

-No sirvieron antes, no servirán ahora, lo haré solo-sonrió Ar-Thiel, con relámpagos en sus ojos, conforme las tres saetas rebotaron en la égida, nombrada como su hijo, Euttier. Dos jóvenes más se acercaron con espadas, aunque sus patadas atronadoras en plexo e ingle los morigeraron, dejándolos atornillados en el suelo del ágora circular de 19 pilares cónicos.

-Les di, fracasados, una oportunidad de escribir la historia en vez de leer y sucumbir ante el destino, sin embargo pensaron más en regresar a casa a abrazar a sus familias que en vencer a sus enemigos para acceder al futuro dónde estaba el verdadero cambio, por eso fracasaron, por eso me decepcionaron, ya no obedecen porque temen sino porque quieren, que triste, valen 100 risas y azotes de Shia-

ggurta una mísera hogaza de pan para todos-miró entre los 19 pilares a los dos vencidos que no podían levantarse. Mientras el décimo noveno pilar era empujado por 20 personas, los arqueros sacaron los puñales y corrieron, de todos modos con codos y puños los derribó también, tras bambalearse su cintura y fintearse con su mirada. El pilar cayó hacia Ar-Thiel, quien lo sujetó con su mera palma, persiguiéndose un poco y dejándolo caer, con un gran ohhh en los demás, debido a su sideral fuerza. El lobo gruñó y salió, deseoso de morder a los caídos, sin embargo, con una caricia en el hocico, Ar-Thiel lo calmó.

-Mis hijos, mi esposo-recordó la mujer-Lucharon para Shiaggurta y los mataste-

-Para que no me mataran, andaban siempre juntos, sirviendo a alguien que jamás les estrechó la mano. La ignorancia merece dolor, sangre y muerte-exhortó Ar-Thiel. Sujetó el puñetazo de la mujer e hinchó los nudillos, por lo que ella, arrodillada, no tuvo más fuerza de hablar.

-Les di la oportunidad de vengarse y fallaron. Ya no les debo nada. Aún no saben la diferencia entre vivir y durar. Incluso es mejor morir que durar-atisbó Ar-Thiel con los ojos cerrados, un corte de viento, paso al costado y lanza ajena lanzada en su mano, conforme su cabellera ondeaba como las llamas de Shamash, según observaban los aterrados ante el extraordinario.

-No es humano, no es sumerio-vaticinó la mujer en el suelo-Esa mirada del que no tiene nada pero cree que logrará todo, más que locura, más que enfermedad, verdad, sólo verdad-se arrastró con las manos, hacia atrás. Ar-Thiel, por su parte, dejó caer sus harapos ajironados, de los cuales procedieron panes, quesos, rollos de carne y alforjas de vino.

-Si se preguntan si me dolieron sus muertes, sí, me dolieron tanto como enfurecieron. Veo todos los rostros de los

que ya no están, tanto los rostros que me siguieron como los rostros que me abandonaron y los rostros que me atacaron. Sin embargo, el dolor no es más poderoso que mi sabiduría y templanza. Que no lo revele con el rostro y su llanto no significa que no lo viva con mi corazón y su palpito-aseveró Ar-Thiel, alejándose del ágora, luego viró y los observó de nuevo, desde su pose felina y atigrada:

-Nadie puede vencer a los cuatro reyes. Los pueblos no deben pelear, deben obedecer y resistir. El orden merece respeto, no amor ni admiración, pero sí respeto-vociferó un joven caído-y lo olvidaste, olvidaste el respeto al orden-

-Dime, Ar-Thiel-se acercó un hombre-Dime ¿cómo puedo vivir sin brazos y sin piernas? ¡Ya no lo soporto! ¡Mátame, por favor, ya que nadie aquí tiene el valor de apagar mi perenne luz! ¡Tienes razón, sin brazos y sin piernas ya no es vivir, es durar y morir es mejor que durar, siempre, Ar-Thiel, siempre!-

Se acercó al tullido de rostro atizado y barbudo, con su espada Utna, en la cual reencarnara su esposa.

-Tu dolor y sufrimiento serán mi enojo, paciencia y astucia para acabar con los cuatro reyes. Te prometo, viejo leal, que como Shamash es oro encendido y Ningal es amada por todos los lobos, te prometo que los cuatro reyes morirán con más grito que caída-acercó Ar-Thiel la punta de su espada, mientras el tullido, con ella en el plexo, suspiraba:

-No dejes a ninguno, Ar-Thiel, si el agua creciera los brazos y las piernas de nuevo, te acompañaría, te acompañaría contra los cuatro reyes y sus ejércitos, sin embargo no sucede así, froté mis muñones con aceite, brea, agua, vino- ¡hasta boñiga!-para volver contigo y siguieron siendo muñones, lo siento, ya no sirvo para tu causa, Gran Ar-Thiel, apaga los cuatro soles de los cuatro reyes con tu viento rojo-sonrió hasta carcajear el tullido.

-Nadie, amigo mío, estará sin oportunidad de luchar por lo que quiere. La vida volverá después de tanta sociedad y mentira-arengó Ar-Thiel, ensombreciendo su rostro y alumbrando sus ojos, al tiempo que su espada cayó como un halcón en cueva sobre el pecho del desdichado. Luego el gigante y su lobo se dirigieron al ágora:

-¿Alguien más quiere intentar venganza en mi contra? El hecho de que quieran-y no dudo de que sus motivos son legítimos-no significa que los dejaré. Cuando los cuatro reyes estén muertos por mi Utna, volveré a estos escombros que una vez fueron ágora y los dejaré actuar sin defenderme. Pero hasta entonces la concentración y la espuria ambición me protegerán de ustedes y sus justos deseos de rectificación. Hasta pronto. He venido a visitar mi futura tumba. He venido a visitar el ágora de los 19 pilares de Antu, diosa creadora, que hoy es una montaña de ruinas, aunque ninguno de sus 19 pilares haya caído-acomodó el pilar que le arrojaron tras arrastrarlo solo.

Observaron cómo se alejaba en compañía de su lobo solitario. Habían tenido su oportunidad, no podía florecer la queja, sólo anclarse la presente frustración endulzada con una indeseada admiración. No a menudo ves hombres que a nada le temen, hombres que han logrado convertirse en guerreros además de usar armas, hombres como Ar-Thiel.

-¡Ar-Thiel!-gritó un niño, con el rostro rojo y arrugado, corriendo más allá del ágora herrumbrosa, a los tropezones más por presencia de ansiedad que falta de talento, trepidándose a gran velocidad.

-Mi padre murió contra los rebeldes, luchaba para Shia-gurta, ¿lo mataste?-

-Sí, lo maté-

-Me golpeaba pero no me alegra que lo hicieras, esperaba que algún sol me abrazara-

-No me gustó hacerlo, él quiso matarme, fue una batalla, no un asesinato-

El niño cerró los ojos y se encogió de hombros.

-Ahora trabajo, cuido a mi madre y a mis hermanos-

-Eres fuerte y honorable-expuso Ar-Thiel, con dos ríos húmedos, uno en cada mejilla.

-Nunca podría vencerte. Apenas tengo dos manos y dos piedras. Mi padre era maltratado por su general, que a su vez era maltratado por Shiaggurta, el Rey y en la vida, Ar-Thiel, siempre hay alguien arriba que te maltrata y alguien abajo a quien maltratas. Quisiste vencer al de arriba y ayudar al de abajo. Eso es lo que pienso, aunque te odie, no puedo negar que eso es cierto-explicó el niño, pronto a la pre-adolescencia.

-Cuida a tu familia. No dejes que el dolor se haga tristeza. Todos enfrentamos nuestro destino después de tomar nuestras decisiones. Nunca sabré quién eres, sólo veré lo que haces y escucharé lo que dices. Mucha gente ha muerto por la revolución bajo la cual enmascaré mi venganza. Ya lo sabes: no te dejes maltratar por el de arriba, ni maltrates al de abajo. Lamento que tu padre nunca te haya abrazado, sin embargo cuando los hechos no actúan a favor de nuestras necesidades, si actúan a favor de nuestros progresos. Tener nada y seguir caminando es más que vida. Es honor. Enséñamelo con tus futuros pasos. Pisar a los que pisan también es un camino hacia la luz-

El niño, con los ojos rojos y los párpados torcidos, miró hacia un costado, conforme como gaita se deshinchaba e hinchaba su plexo, más rojo y transpirado, mientras los mechones bailaban en su frente y serpenteaban sus orejas.

-Pensé que iba a insultarte y a lanzarte las piedras, ¡pero no puedo! ¡Soy un cobarde! ¡Temo que me mates!-

-Lanza tus piedras, niño. Prometo por amor a mi esposa muerta, Etse y a mi hijo que nació decapitado, Euttier, que no te atacaré ni me defenderé con mis armas-

-No sólo tengo dos piedras, tengo dos dagas que te lanzaré después-gruñó el niño, con puños cerrados, tras su capón.

-Lanza ¡todo lo que tengas! ¡Lo recibiré sin caer!-

-¡Muere, Ar-Thiel! ¡Que tu alma sea eterno alimento en la boca de Nergal YAHHH!-lanzó las dos piedras el niño, golpeando el pecho del guerrero, acto seguido como bólidos fueron las dagas, una se clavó en el antebrazo cruzado de Ar-Thiel, quién cubrió así su pecho, en tanto la otra daga rasguñó su mejilla derecha, ocasión en la que recibió una cicatriz con forma de relámpago, delante de las cinco montañas pardas y la gran polvareda damasquina, que agiornaba el lúgubre escenario.

-Ya tuviste tu oportunidad, niño-expuso Ar-Thiel, desclavándose la daga, mientras se inclinaba a fin de recuperar a Euttier y a Utna. El niño, lejos de manar palabras, brotó en copioso llanto. Las heridas no provocadas por la guerra fueron restituidas por el niño que había perdido a su padre y debía cuidar a su familia.

-¿Por qué nunca me abrazó? ¿Por qué siempre me golpeó? Tuvo tanto tiempo de cambiar, tanto tiempo, Shia-ggurta a él y él a mí, que estúpido, qué doloroso, qué inevitable, Shamash, Enlil, Enki, que alguien haga estallar el círculo, qué alguien lo haga, por favor. Dejemos de ser reyes y peones, SEAMOS HUMANOS, SEAMOS SUMERIOS-apostó el niño, con manos sobre la arena. Habiéndoles da-

do oportunidades a todos, Ar-Thiel, ya mimetizado en las sombras junto a su lobo, prosiguió su camino.

DOS

Eridu recibía visitas: Ra-Barah, rey de Ur y Bem-Suri, acompañado de su esposa Etse y de su hijo Namar. Asistieron en una diligencia modesta, fácil de confundir con ganaderos o mercaderes ocasionales, con los soldados disfrazados de tal modo. No causó mucha alharaca, pero lo cierto es que Eridu había quedado acéfalo, por tanto necesitaba rey y reina.

-Somos muy jóvenes, Ra-Barah-

-Los jóvenes aman el amor, los viejos el oro. Es hora de que nosotros gobernemos. Los viejos quieren vivir lo que no vivieron y los jóvenes ser recordados. Es fácil saber quiénes verán una oportunidad y quiénes una responsabilidad-opinó Ra-Barah-Sin embargo, no será cuestión de llenar la copa y beberla-sonrió luego-Tendrás entrenamiento e instrucción, tanto para tu mente como para tu corazón y cuerpo. Empezarás tu preparación con los sacerdotes y con Deutress, quién será tu general-

-Siempre vituperamos a los reyes por sus avaricias y egoísmos. Debemos probar que somos mejores y no lo demostraremos si no estamos dónde estuvieron: en el trono. Un trono es más peligroso que mil espadas, mata algo más que el cuerpo, mata el corazón-ratificó Etse, con su cabello avellano largo y salvaje hasta los tobillos, mirada de queso y sonrisa de manzana-Acepto el desafío. No dejaré que el poder nos corrompa. Sé que no resolveremos todos los problemas pero viviremos con el pueblo, como el pueblo, compartiendo tanto su hambre como su bonanza-

En breve bajaron del carro, dirigiéndose al templo encolumnado, en el cual Deutress, en compañía de otros sacerdotes, esperaba a la comitiva. Había un rastro de viento a

partir del cual fantasmas de polvo emergían alejados de las reverberantes columnas de mármol.

-Al fin ha llegado, jovencito. Le instruiremos sobre matemáticas, literatura, economía, política, geografía y filosofía. También ganado y agricultura en parte técnica-aseveró Jar-Vi, el líder de los sacerdotes de Eridu, mientras los niños agitaban los cántaros regando los canteros y las antorchas alejando a las moscas de intensos zumbidos para que no molestaran a la realeza ni tampoco ensuciaran los alimentos alojados en canastas: papas, lechugas, zanahorias, entre otros.

-No sé leer ni escribir-confió Bem-Suri.

-¡Debió notificarme eso, su excelencia!-miró Jar-Vi, calvo y afeitado, a Ra-Barah.

-Yo me ocuparé de enseñarte arte de combate y ciencias militares-anunció Deutress-JA, te dije, hijo, que un caballo se mueve más rápido que una diligencia, llegué primero-lo abrazó y cargó.

-Contigo en mi camino hasta los rayos del cielo aprenderán a esquivar jajajaja, que fortachón eres, padre, de paso te enseñaré a conseguirme una madre, no quiero que sigas estando solo, Deutress-

Jar-Vi, incómodo ante esa soltura, intercambió una mirada ante Ra-Barah, deseoso tal vez de una actitud más solemne en lo que significa la preparación de un rey para su pronta ascunción.

-Entre a la universidad. Le enseñaremos-tendió Jar-Vi su mano, tras inclinarse en un gesto de reverencia. No le interesaba el poder ni el oro, sólo el conocimiento, la ciencia y ser un buen maestro de las áreas que le competían. Era más científico que sacerdote, aunque en aquella ocasión un sacerdote ejercía muchas funciones y muchos ansiosos por

ser artistas o científicos se metían al sacerdocio. Pero no era alguien de proyección religiosa, al respecto. Ese lugar estaba para alguien que recibía malas lenguas y no injustificadas: no era el jefe del cuerpo de sacerdotes, aunque si era influyente: se trataba de Shakar-Tad. Era quien presidía el templo religioso en el cual se adoraba a Ningal e Ishtar, diosas protectoras de Eridu y pronto sumaría a Abab.

-Yo, Shakar-Tad, le enseñaré sobre tradiciones, mitología y ceremonias religiosas. No tiene usted mirada de creer en los dioses, sobreestima su voluntad y capacidad de decisión, sin embargo los dioses existen y nos protegen, cuando dejamos de rezarles, nuestros tiempos se tornan aciagos. Ellos se comportan con amor ante nuestra dedicación y con ira ante nuestra indiferencia, por tanto, futuro rey de Eridu, no crea que el rezo a los dioses es una actividad meramente decorativa y tradicional, le enseñaré a amar y a respetar a los dioses y sobre todo a hacerle entender que usted no es uno. Los dioses existen, aunque no podamos verlos y tocarlos. Ellos son mejores, ellos merecen nuestra eterna alabanza y si usted los cuestiona, el futuro de los habitantes de Eridu será nefasto-advirtió el sacerdote barbudo y melenudo.

-Esas barbas, esas melenas-miró Jar-Vi a todos, salvo Ra-Barah rapado como él pero con 3 trenzas-Estamos en el desierto con un calor descomunal. Todos deberíamos afeitarnos las cabezas y barbas, incluso las mujeres. Es más cómodo y práctico. Entremos a la universidad. Su sombra nos ayudará-dirigió su mano hacia el lugar que deseaba ir.

-No ha respondido a mi comentario, Joven Bem-Suri-recordó Shakar-Tad, con mano sobre el manto, mientras los niños alejaban a las moscas de las verduras con las antorchas. " Son cada vez más, tienen hambre ", " ¿cuándo vendrán por las canastas? Estoy cansado de mover el brazo " Bem-Suri, sin evadir la consulta, con pies sobre la escalinata, refirió:

-Creo en los dioses. Shamash del Sol, Ningal de la Luna, Enlil del viento, Nergal de los muertos, Enki de la tierra, Ish-tar del amor y de la guerra, conozco la pobreza y el hambre, miles de veces les pedí que me los quitaran y me han escuchado, a pesar de que al principio cuando se negaban llegué a pensar que mi vida no les interesaba. También les pedí que nada malo les pasara a mi madre y hermanos, pero en eso no me escucharon. De todas maneras, ningún hombre puede tener todo lo que desea en la vida. Ningún hombre puede ser dios. Algunas cuestiones se irán, otras llegarán. Amo a los dioses, Shakar-Tad, pero quiero no necesitarlos y ellos, que son sabios, entenderán que dejar de necesitar no significará que dejaré de quererlos y que los olvidaré. Creo que ellos quieren que no los necesite y que cuando eso pase, sentirán un gran orgullo-

-Se equivoca, joven Bem-Suri. Los dioses aman ayudar y escuchar, los dioses quieren resolver nuestros problemas. Siempre los necesitaremos. Los dioses son generosos además de sabios y el ser humano debe sufrir-no mucho-para nunca olvidarlos-aclaró Shakar-Tad su postura, al tiempo que Jar-Vi, celebrando una mueca a la que no correspondió Deutress, se metió al templo solo, fastidioso con el calor.

-Nos espera una larga jornada, cuánto antes la comencemos, mejor-expuso Jar-Vi. Tras las guerras y saqueos entre los rebeldes de Ar-Thiel y el imperio de la cruz, muchas huertas y ganados incendiados, soplando las fauces del hambre, con sus ramas negras y raíces grises. Neco-Iznami, antiguo profeta, dijo que un hombre no es gigante por tener su cabeza más cerca del cielo, sino por cuán lejos llegan sus pasos. De alguna manera, los sumerios, ataviados por presiones y privaciones, dieron amnesia a la queja, más allá de que lentamente recuperaban lo que rápido habían perdido. Al fin de cuentas, se pueden colocar todos los problemas de tu vida en el rostro de un hombre y liberar todos tus fracasos con un grito solitario en el erial. Sin em-

bargo, puedes dar un millón de pasos y no entender que quieren decirte tus latidos, más cuando ves a esa mujer piensas que los árboles tienen estrellas en vez de hojas y el cielo hojas en vez de estrellas. Pero Bem-Suri, en esa sociedad machista, sintió congoja al ver que Etse no le acompañaba con los sacerdotes instructores, en función de viejas y sosas tradiciones.

Se habían tornado muy dependiente el uno del otro, por lo que el gran sufrimiento reinaba, sobre todo cuando dos lanzas cruzaron desde los centinelas, cerciorándole a Etse que aún no era reina, pese a todo, debido a que prepararía su cuerpo y temple y no su mente, Deutress se quedó al lado de la joven, de mirada laqueada y dulce, menos recia y agresiva que cuando la conoció en el desierto. Al parecer, la maternidad la había aflojado al respecto.

-Lo veo todo el tiempo. No pasa un segundo del día dónde él no esté en un lugar en el cual no pueda observarlo. Sé que es una estupidez, aunque esta situación de los sacerdotes que lo entrenarán para ser rey me produce mucho sufrimiento y sofocación. Pienso que morirá, que no lo volveré a ver, ¡esa desesperación es una piedra entre dos panes!-cerró los ojos Etse frente a Deutress.

-A veces cuando somos todo para alguien no somos nada para nosotros. Sin embargo, Etse-advirtió Deutress-Ten presente que la vida de un rey, cuando este es honesto en vez de corrupto, es muy exigente y a menudo se aleja de sus seres queridos para atender a los necesitados. No será esta la última vez que lo verás irse sin saber si regresará-recordó Deutress.

-No hemos sabido nada de Arathosha ni de Ar-Thiel. Aquí está Namar. ¿Quieres tenerlo, Deutress?-

-No, se me caerá y se hará daño, Etse-